

LOS ÚLTIMOS PERROS DE SHACKLETON

Ben Clark



LOS ÚLTIMOS PERROS DE SHACKLETON

Ben Clark



Colección



Los últimos perros de Shackleton

Ben Clark

Primera edición en México.

Marzo 2013.

Colección Limón Partido.

Proyecto Literal.

Edición: Jocelyn Pantoja.

Literatura y alternativas
en servicios editoriales, S. C.

Tulipán 122 Ciudad Jardín.

Coyoacán, 04370.

México, D. F.

gacetaliteral@yahoo.com

Diseño de Arte de la Colección:

Hernán García Crespo

CAJA
TIPOGRÁFICA

Diseño de portada: María José Farías.

Diagramación: María José Farías y

Lucero Zaldivar Rico.

ISBN: 978-607-9088-35-4

Todos los derechos reservados.

Impreso en México.

Este libro se realizó con el apoyo del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes a través del programa de Fomento a Proyectos y Coinversiones Culturales 2012, emisión 28.

Escribir en el hielo

Siempre ha sido mejor leer al escritor que escribir sobre él, de la misma forma que siempre es mejor beber el vaso que llenarlo. Se escribe sobre lo escrito para recordar la profundidad del hielo y dibujar sus límites, para saber lo que en un tiempo fue sólido y hoy se deshace entre las manos. De Sir Shackleton a Sir Clark y de Ben al lector, todo son formas de sublimación, escritura que tiende a evaporarse hasta encontrar otro invierno. De lo experimentado a lo escrito y de lo escrito a lo leído, ésa es la corriente que deshace los polos y los precipita en el vaso del que bebemos. Escribir sobre lo escrito, aún más si es sobre hielo, es dejar un pecio negro y escorado en mitad de un inmenso plano blanco y afilado. Una pauta, un miliario, un hito al que referirse cuando se mide la cantidad de pasos, los metros que ha recorrido el trineo en la huida. La escritura queda anclada y sus personajes se van dispersando sobre el tiempo blanco. Escribir sobre lo escrito no es vivir lo vivido, igual que escribir lo vivido no es lo mismo que vivir lo escrito. De un lado está la historia, de otro el tiempo. Hielo y agua. Y este libro habla del agua. Habla del vaso que bebemos y del pecio hundiéndose. Habla del tiempo; habla de aquello que una vez se escribió sobre el hielo y que ahora se ahoga al *encuentro del fin del mundo*. Escrito encaramado al masca-

rón de proa ya no se sabe si es la escritura la que se sumerge o el nivel del tiempo el que va subiendo. Sólo un ladrido anuncia el comienzo del próximo invierno.

Fabio de la Flor en alta mar a 2013

El romper de una ola no puede explicar todo el mar.
Vladimir Nabokov

...y el amor está donde está el ayer.
Anne Sexton

*Habíamos visto a Dios en Sus maravillas,
oído los versos que dicta la Naturaleza.
Habíamos alcanzado el alma desnuda del hombre.*
Sir Ernest Shackleton



*Pólipos y más pólipos.
El arrecife extiende sus dominios
en silencio, sin pausa, sin rubor.
No sabe el arrecife de barreras,
no concibe los límites del tiempo.*

*Y habrá quien se sumerja y quien se abrume,
y habrá quien ignorándolo navegue
hacia un destino exótico y fugaz.*

*Crece desde la muerte, frágil, loco
armazón de recuerdos y presagios.*

Y es.

*Y no puede la mar decir su nombre,
ni puede el arrecife ser distinto.*



I

Canción de amor de dos guisantes

*In a minute there is time
For decisions and revisions which a minute will reverse.*

T. S. Eliot



Let us go then, you and I,
por senderos remotos sin paisaje,
persigamos un Lázaro adorado
entre el humo y el fuego y las sirenas;
un lazarillo ciego de jabón
y de agua. Mientras tanto el hombre cae.
[¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Lo estás grabando?]
Vayamos donde fuimos. No sé dónde,
esperaba en secreto que supieras
quizás la dirección, quizás el viento
adecuado, el olor. Pero no sabes,
y yo no sé tampoco. [Breaking news
today on CNN, minutes ago...]
Auch die Blumen leiden den Tod,
y sigue sorprendiéndonos igual.
—Demasiado sol, Wilbor—dijo Johan
ignorando el gruñido del anciano.
—Semisombra, te dije semi—¡Wilbor! ¡Johan!
¡Deprisa, por la tele!

Mientras cae,
le pedimos permiso a los amantes,
y nos miran y ríen, elevándose
deprisa—¡cada vez ascienden más!—
y la pompa no aguanta y son dos pésoles
que no germinarán en esta tierra,
que caen, sin remedio, a su vacío.
—¿Y ahora qué mujer pero qué demonios...?
[Un Pearl Harbor terroriste en direct
sur les écrans du monde entier]
[Como pueden ustedes comprobar
hay personas lanzándose]—¡Oh Wilbor!
¡El mundo ya se rompe!—¿Ja, Gesine?
¡Mach den Fernseher an!. ¡Qué enciendas la tele!
Voy a colgar, estoy con Wilbor—. Cae.

Consulta su reloj. Sigue cayendo.
Y me hablas de la culpa.
Los hombres hablan siempre de la culpa.
Culpan a los demás. También está
de moda que te culpes a ti mismo.
Algunos—pocos—culpan a algún dios.
Pero esto cada vez es más difícil.
Los intelectuales más retóricos
cantan en los cafés y en las tertulias:
«la culpa es de la culpa». Y lo escriben,
sobre las servilletas de los bares
para que en un futuro alguien comente
fulanito de tal ya lo decía:
«la culpa es tal y cual y lo demás».
Pero en el fondo nadie sabe quién
y nadie sabe cuándo; sólo el cómo
se come cada día las entrañas
de una niña inocente; sólo el cómo
encierra la canícula en la boca
de un bebé que dormía en la diana.
Los amantes quisieran un olor,
el perfume de sus *Kindern* no natos
para poder trepar, subir de nuevo.
Pero ya es imposible regresar.
Lo saben ellos, lo sabe él también,
el hombre que no puede detenerse,
que no puede ni siquiera cerrar
los ojos a medida que se acerca.

En la naturaleza no hay amor,
no hay nada más que células nutriéndose;
cadenas y cadenas de materia.
¿Por qué nos apartamos de su lógica?
De su máxima simple: persistir.

Hay once meses más, y son crueles
como el mes más cruel. Yo te he esperado,
y fue una espera larga.
«¡Cuando ella vuelva y vuelva yo, con ella!»
fue en abril, día cinco, que dijiste:
«pues estamos los dos como dos viejos»
Spirit false! thou hast forgot.
Y cuando no eras tú,
es que era yo.

—Te dije sol y sombra—dijo Johan.
—A la mierda las flores, a la mierda.
—¡Wilbor! —

Y el hombre cae, reflexiona
sobre el azul que pisa, sobre el precio
de una caña en el centro—qué vergüenza,
voy a vender el piso,
me compraré una casa con jardín.
Un hermoso jardín lleno de flores—.

No nos queda sino cerrar los ojos
y morir, como han muerto desde siempre
las personas decentes. Sin escándalo,
sin malgastar las últimas palabras
con recuerdos ignífugos de un tiempo
que podría haber sido nuestro reino.
Sin pronunciar jamás el nombre arcano.

[... nos semblables, les passagers, prisonniers d'un avion
qui n'avait plus vocation à atterrir.]



II

El Cazador



*Claro que el arrecife es arrecife,
nada más. Sin embargo es el hogar
de un sinfín de organismos variopintos:
la mayor parte de ellos se devoran
los unos a los otros, se persiguen,
se esconden, se pelean y copulan.
Mientras, el arrecife es arrecife,
nada más. Los biólogos afirman
que sin el arrecife no podríamos
concebir la existencia de su vida.
Como si aquella casa no lo fuera
por sí sola. No hay cuerpo sin su cuerpo,
ni tiempo que merezca recordarse
si en él no están creciendo nuevas formas.
Pero esto no lo explica y mientras tanto
el arrecife es esto y nada más:
un completo incompleto en movimiento.*

Todo lo que es hermoso

Las copas de los árboles de más
—todo lo que es hermoso, fiel y raro—
las piedras de este puente hecho con huevos,
el click que hacen las minas cuando es tarde,

Carmen apuñalada,
Hamlet leyendo un libro,
la melodía nazi en Cabaret
—todo lo destructivo, irremediable—
nuestro amor.

Nuestro amor.

Sí.

También eso.

El embajador

Verás, éramos pocos en el pueblo
y la isla muy pequeña.

Casi nadie
se imaginaba un mundo ilimitado.

Verás, quiero decir que fuimos pocos,
pero sabían todos que con uno
sería suficiente.

Y estoy aquí.

Estoy sentado aquí.

A tu lado.

Y cargo con el peso de los míos,
llevo al hombro—y contento—su esperanza.

Verás, éramos pocos y el mar ancho;
la tierra escasa y tantos los incrédulos,
los que no lo intentaron, los que sólo
pudieron conocerte entre susurros,
rumores, sueños vagos y leyendas.

Verás, se sospechaba que existías,
y ahora, yo no sé cómo, te encontramos.

You only love once

(escuchando a Loussier en la cocina)

Cuida que estén visibles los rincones
—dijo una vez mi madre—;
no existe otro secreto para un aspecto limpio.

Desdeña el fuego lento,
compra un buen suavizante pero vasos baratos.

No intentes comprender cuando estés triste.
Olvida, cuando puedas olvidar,
y no llames jamás más de dos veces
sin que nadie descuelgue al otro lado.

Si llega el Fin del mundo

(21/12/12)

Para ti, Lucía.

Si llega el Fin del mundo y tú te has ido
al *gym* porque es un viernes
y has dicho que no importa; que a ti nada
te va a impedir correr siete kilómetros
antes de que reviente el Universo.

Si llega el Fin del mundo y me sorprende
aquí, en el escritorio,
pensando en ti corriendo hacia el final
de los Tiempos,
quiero dejar escrito aquí y ahora
que me parece bien; que no concibo
un final más espléndido y más puro:

los atascos de un viernes por la tarde,
los compromisos rotos de otro sábado;
todas las cosas breves
empujadas de pronto hacia una huida
y mientras tanto tú
corriendo y preguntándote si iré
a buscarte después,
y mientras tanto yo
pensando en recogerte a la salida,
dichada y expectante, para irnos a cenar
como si no importara,
a ese bar de las tapas al que vamos
los viernes, cuando sales del gimnasio.

Mayday

Me hablaron una vez de un tipo fuerte.
Ojos fieros y manos de astracán
o de tortuga vieja.

Este hombre vislumbraba un placer torpe
en los documentales de accidentes
de aviación civil.

¿Qué se puede decir de un hombre solo
que pasa los domingos por la tarde
viendo cómo se caen los aviones?

Qué se puede decir de un hombre solo
que envidia a los pilotos condenados,
que sueña con estar en la cabina

en el momento exacto en que parece
que la nave responde,
que hay algo parecido a una esperanza,
fracciones de segundo antes del fuego.

El Reino Menguante

Es un espacio triste y sin reflejos. La corte es escasa
y el tiempo abunda y sobra y entorpece.
Aquí hubo días mucho más felices;
épocas pequeñas, desapercibidas, instantes juglares
entre hamacas y sábanas.
Éramos entonces, tú y yo, muchos.
¡Viva, pues, mi reino menguante! Reino de fango y de retazos.
Trono del resquemor
de los pavos reales en llamas y en huida,
de agónicos rosales y setos sin podar,
de barro en el parqué,
de lámparas de araña atropelladas.
Viva este hueco preñado. Cada día menos, cada día
más inútil para el paseo.
Caballerizas hediondas, fuentes estancas y febriles.
Ni una rana, ni un pájaro perdido.
Ni un cartílago libre de ponzoña.
Pero no te has marchado todavía.
Estás aquí.
Lo envuelves todo, aprietas las paredes
que crujen, que ceden. Caen los últimos cuadros
y encadenado ha muerto de hambre el perro.
Y escribiré las crónicas de este imperio si no es tarde ya.
Hablaré allí de las tardes que aquí nacieron,
de las hordas de amor y de las noches,
de las guerras perdidas, de los muertos,
de los antiguos héroes y del vasto horizonte
siempre por conquistar.
Viva el último viva de mi reino menguante,
el reino que fue nuestro y ahora odio porque es mío.
Y un rápido vistazo al palacio doliente que celebra

la anorexia incurable de sus muros.
Y una última palabra que se exprime
antes de que no quepa ya mi culpa
ni el cadáver de todos nuestros planes
ni la corona amarga de mi arrepentimiento.

El cazador

Nunca pude resistir la llamada del rastro.

Buffalo Bill

Te he dicho dónde están todas las trampas.
Te mostré los arbustos donde suelo esconderme,
paciente, inmóvil. Solo.
Conoces bien mi olor sobre la brisa
y siempre piso fuerte en la hojarasca.

Ven entonces, acude a nuestra cita
una vez más, mi amor,
corre de nuevo libre entre los troncos
con cierta burla, hermosa
como todas las cosas vulnerables,

segura, como siempre, de que no habrá disparo.

Rostropovich

Decía Rostropovich
que uno antes de tocar las Suites de Bach
debía pedir perdón.

Lo que hago es parecido cada vez
que deseo tocarte y tú me dejas:
pido perdón por todos los poemas
que escribí describiendo este momento.

La anémona

Negro mar, cementerio de tentáculos,
asco y zozobra—el naufrago es más grande
que el mar—, pero aunque nade, aunque resista
da lo mismo: las pieles se conocen
—no puede arrebatare su recuerdo—
y la anémona ríe
¿cómo puede seguir uno nadando?
Y la anémona ríe, con sus sexos
de veneno bailando en tus oídos,
en tu boca, sus sexos de cadenas,
los brazos que me arrastran hasta el fondo.

Huellas

Los recuerdos adormecidos en nuestro interior no están esculpidos en piedra.

Primo Levi

Hoy llueve en los lugares que no has visto jamás,
en los rincones orinados
de las calles que nunca te harán falta,
que no echarás de menos. Y a pesar
de eso parece ser que la ciudad
existe más allá de tu conciencia;
hay huellas
visibles en la lluvia,
cuando hoy muere y mañana se convierte

en algo muy posible,
algo casi seguro de no ser
por las incertidumbres innombrables
de siempre.
No estás y no has estado
y llueve
espeso en los lugares que no has visto,
sobre algunas terrazas donde no
dirás que lo dejemos, que este amor
imaginario debe realizarse
que persiga tus huellas para ver
que tan sólo es verdad que está lloviendo.

III

TEOREMA DE LOS ABISMOS

(fábula acuática)

*SEÑORA LINDE: Krogstad; ¿y si esos dos naufragos se
unieran en la misma tabla?*

KROGSTAD: ¿Qué dice usted?

*SEÑORA LINDE: Dos naufragos en una tabla están mejor
que cada uno en la suya.*

H. Ibsen, *Casa de muñecas*



*Me pides que no escriba más poemas
que hablen de amor. No hay nada más sencillo:*

*voy a escribir entonces sobre el hambre
de las bestias de sílice que habitan
sin un nombre científico en las simas;
criaturas afóticas que viven
cerca del corazón de los infiernos.*

*Estos seres informes nunca mueren,
nadan en la quietud pero apresados
por un banal sentido de la urgencia.*

*Moran con la certeza de saberse
fondo del fondo mismo, no conocen
el tiempo ni la luz y son, en suma,
pura necesidad acorazada.*

I

Hasta tocar el fondo.
Hundirme con cada mirada férrea,
con cada negación irme hundiendo.

Hasta tocar el fondo,
 y ser simple,
inmune a la presión, ser abisal;
esqueleto de sílice,
 un ópalo
perdido entre el frío cieno del fondo.

Quien puede en los abismos come carne.
Quien puede en los abismos te traiciona.
Quien puede en los abismos sobrevive.

Dejar la superficie.
Hacer del corazón un batiscafo,
hasta tocar el fondo.

Ser más o menos vida. Porque todo
tampoco es tan distinto,
 en los abismos.

II

Por aquí, en los abismos, no hay más luz
que la que irradia uno mismo. Luz
que no ilumina nada, ésta es la luz
que tienta a los incautos, una luz
que nos promete algo, no se sabe,

queremos acercarnos y besarla,
sentir que nos abraza, que no estamos
completamente solos aquí abajo.

Y una vez mutilados, una vez
heridos por los dientes de ese amor,
habrá clarividencia en el abismo.

III

No hay días ni noches en el abismo.
Nadie cuenta las horas. Nadie espera
porque no hay espera posible. Existe
solamente el ahora, y el ahora,
y el ahora mismo me encuentro vivo.
Pero hay veces que el tiempo, por un tiempo,
surge de entre la nada, trastocando
nuestra vida raquítica:

es un trozo de carne que desciende
desde la superficie, es la carrera
estúpida por llegar el primero,
para así prolongar un poco el tiempo
que no existe aquí abajo, en el abismo.

IV

Hay algo positivo en el abismo.
Si bien es imposible regresar
a los reflejos blancos en el agua,
al amor de la orilla,
al cobre de tus pechos bajo el sol,
al sabor de tu sexo entre las olas,
los que estamos aquí nos consolamos
sabiéndonos fondo del fondo mismo.

V

Hasta tocar el fondo.
Habitante del útero,
clavarme en ti y clavarme en el vacío
de este lugar hostil.

 Pero te engañas
si crees que estoy solo
aquí, en este agujero, pernoctando
dentro y fuera del tiempo,
encadenado al muerto que es mi amor:
he hablado desde aquí de los abismos,
y has pensado en algún documental
de National Geographic, y en ningún
momento sospechaste — qué inocente —
por qué te duele el pecho cuando clavo
con firmeza los pies para arrastrarme
por mi infierno; por qué te duele el alma
cuando ingiero, famélico, tu lodo.

IV

La fascinación de lo difícil



Why don't we do it on the floor?

No one will be watching us

¿Y por qué no lo hacemos en el suelo?
En el suelo manchado de *gin-tonic*,
en el suelo sin bordes y sin límites,
en el suelo de piedra
de nuestra identidad, de esta hora anónima.

Nadie nos estará mirando, juntos
podremos ser dos sillas, dos objetos
que se aman sin remedio sobre el suelo:

sobre una superficie dura y pobre
como nosotros solos, suelo fiel,
sobre el suelo que olvida y no nos culpa.

No podremos caer más bajo, no:
a partir de aquí todo será cómodo;
a partir de hoy ya sólo hay que ascender.

Desde la isla sin trenes

A train is but a running child.
Tennyson

Nací al nivel del mar y fui educado
en una escuela pública.
Nos hablaron allí de los misterios
de la tierra sin límites,
y dos
cosas recuerdo bien; los sinuosos
relatos de los ríos
sus nombres como fórmulas sin dueño
y los silencios frágiles
que nos sobrevolaron en el aula
tras calcular el número de Islas
a las que equivalía el recorrido
del Orient Express.

=

Tampoco había trenes en las tiendas
de juguetes
coches, barcos, aviones y pistolas,
pero no los echamos nunca en falta;
aunque hoy sé que hubo niños que arrastraban
sin comprender por qué cierta tristeza,
cierto dolor mecánico,
como una sensación de no ser todo
lo que un niño podría ser entonces.

=

Recordé los problemas matemáticos
si un tren parte de y mientras otro tren

y temí no encontrar la solución;
¿en qué momento, cómo, dónde vamos
a cruzarnos? ¿Podré reconocerte
a 200 km/h?
¿Sabré dejarte atrás del mismo modo
que ahora creo saber cómo augurar
tu presencia y tu trueno,
tu golpe tras el vidrio?

=

Los sueños también pueden convertirse en costumbre:
volar, surcar las olas, ir en tren
pero un día sucede —quién sabe la razón—
que regresa el misterio;
dura sólo un momento, si es que dura,
en el que comprendemos que aquello es un milagro
hermoso y terrorífico:

un caballo de acero
un pájaro gigante
una ballena ciega o un dragón

Ya hace tanto que no nos sorprendemos
que este instante sublime nos conmueve al olvido.

(Recordé los problemas matemáticos
si un tren parte de y mientras otro tren).

Y seguimos viajando. Como si nada hubiera
más natural; sencilla dicha humana
que pervive en los sueños de los niños.

Poema accésit de los Premios del Tren 2012

Envíame, yo puedo amarte aún

Cuando ya no es posible cuando ya
y ya no y es que todo es demasiado
yo puedo amarte aún.

Cuando tú y cuando entonces y después
y me dijiste y puede que si hubiéramos
yo puedo amarte aún.

Cuando ella y cuando él y las llamadas
y las veces que no te respondía,
cuando acaso y en éste mismo instante;
no después sino ahora y no hace falta
decírtelo de nuevo pero sí:
yo te amo por encima de nosotros.

Breve retrato de Batman

Lo hemos visto en los bares, desangrándose
en las aceras; roto
en otra boca más, desfigurado
rumbo a la luz de un taxi y coincidimos,
después,
apelmazando el puzle de la noche,
en que era terrorífico y volaba.

Take The 'A' Train

Viajémonos inmensos hasta dolernos juntos,
abajo y más abajo
donde lloran las rocas donde el eco
de los gritos no vuelve en una vida,
a la caverna oscura del amor,
donde las criaturas se devoran,
donde hay musgo que brilla en la humedad,
donde suenan las gotas, siempre lejos,
donde ya no conozcas ni el porqué ni el propósito
del descenso, viajémonos
con el primer afán de los imperios:
no hay sitio ya en el cielo de hormigón;
no hay nada al otro lado del océano,
todo es una ciudad o una ruina.
Baja entonces conmigo hasta nosotros,
hasta el fondo sin fondo que ya intuyes
ahora en este tren,
mientras me miras lenta
decidiendo si debes revelarme tu nombre.

Revolución

(febrero, 2011)

Contra todo florecen los almendros.
Protesta radical e inquebrantable.

Este siglo veloz sin concesiones
ya no tiene un talón
visible; más que un ojo tiene mil
y no hay David que pueda ya vencerlo.
Escasean los héroes
en esta era de plasma
y, con todo, florecen los almendros.

Crear en el amor tampoco sirve
—contra el amor las flores han marchado—,
de amor están repletas las cunetas;
entre los vivos sólo
persiste el verde amor por el dinero.
Mienten las dependientas el catorce
y por eso florecen los almendros.

Por el sapo dorado, el tigre persa,
por el león del cabo y por el dodo,
el pingüino gigante,
el águila de Haast y el tilacín,
la paloma viajera, el pájaro carpintero
imperial, por el ciervo de Schomburgk
llevan su luto blanco los almendros.

Porque hoy en día existen los esclavos
—las flores lo repiten: ¡hay esclavos!—
y lugares oscuros

y cárceles sin nombre
donde la vida es sólo un agujero.
Con la voz de los mudos se resisten
a callar los almendros.

Hay un dolor oculto en primavera,
nada sabe del hombre, de su historia
de guerras y desastres,
también este dolor es algo hermoso,
hermoso, ambiguo y brevemente eterno;
es la pena inefable
que hace estallar de amor a los almendros.

En este florecer tan subversivo
se han ido las pasiones de otros años,
se ha ido la esperanza
con la escarcha de enero y con el agua
que tímido se adentra en un febrero
que es testigo del cambio y del combate:
contra todo florecen los almendros.

La fascinación de lo difícil

*ha secado la savia de mis venas
sustrayendo la alegría y el natural contento
de mi corazón.*

W.B. Yeats

De amor he escrito mucho y de amor sé
poco, por no decirte casi nada.
Y sin embargo cada vez comprendo
mejor a los pingüinos suicidas
(los pingüinos de Herzog ¿los has visto?)
que rechazan el mar
que rumbo a la montaña son dichosos.
Porque hay en este pulso una verdad:
sólo las tierras bárbaras ofrecen
la conquista,
 la noche
ultimísima cuando el César, solo,
murmura caminando hacia la orilla;

*Nihil nobis metuendum est,
praeter metum ipsum.*

Y yo, que de amor dije demasiado,
avanzo hoy con el César y el pingüino,
pensando cada cual en sus pasiones
con miedo sólo al miedo a lo difícil.

The Quarter-Century Blues

Hoy saldré a celebrar la dicha frágil
de todos los productos congelados
la imborrable fatiga del cartón
y las cosas

las cosas porque tuve
un profesor obeso de latín
que siempre nos prohibió
escribir las cosas
por ser vagas las cosas pero nada
decía este señor de mi deseo
que fue siempre
colmar los habitáculos de términos
imprecisos
 hoy salgo a celebrar
que hubo noches difusas donde todos
podrían haber sido otra persona

pero, un momento, aquí
quisiera detenerme
bajar algo la voz y susurrar

«Sé que amaste a Miquel Martí i Pol
mucho más que a Valente y no te culpo
porque de vez en cuando yo también
practico el bricolaje y hago footing».

Una masa danzante en los pasillos,
un problema, un brevísimo altercado
seré, con todo, tuyo como nunca
lo he sido hoy, hoy que tanto me conmueve,
hoy que he cumplido veinticinco años.

Cuatro cinco nueve cero

Demasiado tarde. No hay tiempo. No.

Capitán Christian Marty,

Air France 4590 Concorde

Tengo constancia por una pulsera
tuya, fosilizada debajo de la cama,
de que en el último instante
del vuelo Air France
cuatro cinco nueve cero
(el Concorde despegando mientras una voz grita
«¡Fuego en la cola. Repito: fuego en la cola!»)
yo pensé en ti en un sitio muy lejano,
apartado del ruido,
en un árbol antiguo, junto al mar,
en medio de la calma pensé en ti.
La gente se moría en un avión
y nosotros allí, como si nada,
más allá
del punto de no retorno.

850 Km/h

Para Daniel Clark

Qué sencillo era amar cuando el piloto
decía aprieta aquí.
Ahora estás volando. Ten cuidado.
Y qué sencillo el sol; qué comprensible
al caer sobre el bosque de las piñas naranjas,
donde más de una vez
leímos en el musgo los futuros
sencillos que aguardaban como perros
detrás de los pupitres,
lejos: junto al amor
o en una casa antigua hecha con piedras.
Era un tiempo anterior a tanto miedo
y nuestra madre nunca moriría.

Pensamientos de añoranza en Laventie

...y lo que es y será y fue.

San Juan de la Cruz

Me he preguntado a veces si la guerra
ha parido más muertos o más libros.

Y en el caso improbable de ser más
los libros que los cuerpos—supongamos—,
¿qué significarían estas obras?

Pongamos, por ejemplo, este poema:
«Home Thoughts in Laventie».
Lo escribió el inglés E. W. Tennant
(conocido por todos como Bim)
poco antes de morir en la Gran Guerra:

*Edward ha descubierto con asombro
un pedazo de tierra entre unas ruinas
donde la hierba crece, donde hay flores.
Él y el puñado de almas infelices
que todavía aguantan se detienen,
dejan sus bayonetas,
observan cómo escalan los jazmines
hacia el cielo sangrante de la tarde,
y olvidan un instante su terror
entre el breve amarillo de narcisos
y el dulce baile ambiguo de laureles.
Llega la primavera y ya se acerca
el momento ideal para morir.*

Tennant escribiría aquel poema
porque en un mundo triste vio que había

la tregua de un instante sin escarnio.
Sí, también del amor nacen los libros;
entre ruinas humanas; entre el óxido
de todas mis mentiras y temores
tú me ofreciste un día de belleza.

Y yo no puedo más que repetir
lo que el joven soldado hizo después
de aquel breve silencio del dolor.
Busco un sitio apartado
y escribo esto que lees:
sencillo testamento de mi dicha.

IV

Dog God



*Y aunque no lo quisiera, crecería.
El espacio que ocupa importa poco,
lo importante es que el mar es más pequeño
—un milímetro menos infinito—
a medida que crece el arrecife.*

La hora del paseo

Un hombre que ha salido con su perro,
un hombre que ha salido muy temprano,
que pasa por delante de la mar
sintiéndose distinto a la mañana
anterior, repitiendo sin embargo
cada paso de ayer, como una máquina.
Se ignora si es la bestia quien lo lleva,
o si en cambio conduce el ser humano;
o si se necesitan mutuamente
como se necesitan con urgencia
los amantes los sábados.
Amanece despacio y alguien grita
sin que nadie pregunte ni responda.

Y es que sólo hay un hombre paseando,
no arrastra tras de sí ningún dolor,
no representa nada, no es un símbolo
de ningún tipo, no es una metáfora
del dolor y la angustia de vivir,
hay poemas mejores para aquello.

Aquí sólo hay un hombre que ha sacado
a su perro a la calle unos minutos.
Que pretende volver en cuanto pueda
a la cama a seguir imaginando
que el perro se le muere, que de pronto
se le destina a un sitio donde nadie
entienda una palabra en castellano.
Un sitio sin correas. Eso piensa
el hombre que pasea con su perro,
el hombre que ha salido tan temprano
porque le aterroriza que otros hombres

puedan interrogarle con preguntas
sobre la raza y sobre las costumbres
del animal que tiene amordazado,
mientras sale a la calle con su perro
aburrido del mundo, junto al mar,
y piensa que ha vivido muchos años
y que ha sido feliz, muy pocas veces,
y que ha tenido varios perros buenos
pero sólo un amor, y ese fue malo.

Rosalind Chetwynd, Distrito Federal

Para Fabio

Renunció a conocerte y apuntó
que eso no era lo mismo que ignorarte.
Y habló de ti tres tardes, sin descanso,
y habló de ti en cantinas y pedía
una vez y otra vez «joven, regáleme,
por favor, unos pocos limoncitos».
Renunció a conocerte, me contó.
«Que no quiere decir que yo la ignore
pero entiéndeme amigo, yo no puedo
permitirme el saber».

Estas cosas decía y luego hablaba
de ti, del timbre exacto de tu risa,
de tu acento en francés—casi invisible—,
de tu piel, de detalles que no creo
poderte repetir, aunque quisiera.
Había renunciado a conocerte.
Eso dijo. «Podré salvarme así».
Y habló de ti tres tardes, sin descanso,
y habló de ti en el zócalo y pedía
que yo asintiera siempre que él hablara.
«Podré salvarme así», dijo. «Podré
salvarme así. No amo todavía».

El amor

- Fue breve. Breve.
- Repetirlo es la trampa:
sólo fue breve.

Emily Dorman

Había un resplandor inexplicable, dejamos la autopista y conduje guiado por el único consenso de aquel verano: derecha, izquierda, sigamos por aquí yo creo que viene de allá. Era un pueblo pequeño y no recuerdo el nombre. Ardían sus campos. Y entre los vecinos, nosotros, turistas del miedo. Sólo comentamos el ruido. No había nada más. Sólo el ruido del fuego. Los tractores cavaban surcos pero las llamas eran rápidas. Días después soñaste que había muerto un hombre. Y yo siempre quise volver para preguntarlo, pero no recuerdo nada, salvo el ruido, y la forma en que el amor quiso su fin, aquella noche, cuando fuimos en busca de otro fuego.

Dog God

Tengo un perro que entiende la palabra paseo; cuando escucha esos sonidos la enfermedad, el hambre o el cansancio nada importan. Entonces, yo diría, es feliz. Es extraño que, en cambio, a mí, que soy su dueño, me suceda precisamente todo lo contrario. Pronuncio la palabra y me entristezco pensando de antemano en las palmeras, en los parques con bancos, en el banco con *graffiti* naranja inconfundible. Mientras pienso estas cosas mi perro, indiferente, mueve el rabo y bajamos al mundo.

Al paseo.

La palabra que adora el animal.
La palabra diaria de un ayer.
El sonido feliz que el perro entiende.
La palabra naranja que no entiendo
y que el roce de nuevos cuerpos jóvenes
no ha podido— así como tampoco
supo hacerlo el servicio de limpieza
municipal— borrar.

Isla Elefante

Nací al nivel del mar y fui educado
en una escuela pública,
allí se procuraba que entendiéramos
que cualquier dirección para nosotros
sería cuesta arriba.

Nos soltaron un día y hubo fiesta,
besos, gritos, la vida por delante.
Y al llegar a las aguas nadie habló
y al llegar a las aguas regresamos hundidos,
— recuerdo que fue así —,
inmóviles errantes, juventud
perfectamente aislada.

Algunos compañeros lo lograron,
tengo noticias suyas por la prensa;
Carnegie Hall, Manhattan — qué ironía —,
Ámsterdam o Abu Dabi,
da lo mismo,
en todo el mundo llenan los teatros
con hombres de altura y damas azoradas
que escuchan nuestra historia,
nuestra historia;
el testimonio oscuro de jóvenes que nunca
llegaron a albergar una esperanza.

Mrs. Chippy

Una gata no: un gato con un nombre bastante equivocado. Mrs. Chippy, el gato que embarcó junto a Sir Shackleton a bordo del *Endurance*.

Un gato hecho de amor, como el amor del capitán que lo hizo fusilar.

Mrs. Chippy, has llegado al 2013 lo cual, como bien sabes, es insólito.

Mrs. Chippy, querría estar contigo hoy, sobre el vasto blanco

sin entender las órdenes del hombre que te ama mucho más de lo que sabe.

Los últimos perros de Shackleton

Para Sara

El dolor de este zumo de naranja no es dolor. Hotel sin par y
sábanas revueltas.
¿Dónde estuve? No sé: surcando el hielo.
He matado estos perros con mis manos.
He matado estos perros con mi lengua, con cada orgasmo ha
muerto
uno y lo sé, lo sé: tarde o temprano voy a pagar por cada gemido.
Pero este desayuno no es dolor,
y la luz nos explora y nos conquista
tan suave, tan despacio.
Y mientras tanto tú,
esperando el regreso,
fracturándote poco a poco, tú
que todo lo entregaste ¿Dónde estuve?
Estuve asesinando a nuestros perros.

Hipótesis final:

Noche en el polo
(a bordo del *James Caird*)

*por obra de la luz
o de su espectro
que no alcanzas*

Hernán Bravo Varela



Debajo de los puentes, en los cauces resecos
habitando las hojas de una noche sin tregua,
también en el erial del negro páramo
y en los bosques profundos donde el invierno es siempre
todavía. Es allí donde conspiran
 los reclusos del siglo XXI.
Nada saben de cables ni de rótulos
—nada quieren saber—
y, con todo, conocen la ciudad,
su tedio inoxidable, su prisa vertical.
Ellos son los poetas de este nuevo milenio,
condenados a ser siempre nictálopes,
 a iluminar el asco y la miseria
con palabras hermosas.
¿Cómo afirmar que es Arte la pena que nos cantan?
Si no es Arte la guerra ni la hambruna,
 si no es Arte el dolor indefinido
de una mujer cualquiera de un miércoles cualquiera
en un supermercado frente a los suavizantes.
No hay cárcel más segura que el poema.
En su interior las noches son del ruido,
largas noches insomnes
 sin una sola luz para orientarse.
Allí los presos lloran las palabras
detrás de los barrotes que han escrito.
Y aunque cualquier intento de fuga es imposible
se consuelan hablando de la huida,
 de abandonar el verso e ir a la luz
con el firme propósito de ver
sólo lo que es visible: ser felices y ágrafos
y dormir en la noche de los hombres
como niños sin sueños
que escriben en el hielo que hay futuro.

*Se pensó hasta hace poco que el coral
reseco y blanquecino estaba muerto.*

*Pero hoy parece ser que incluso el blanco
ofrece todavía una esperanza.*

Nota del autor y agradecimientos

Algunos de los poemas de este libro se publicaron en España bajo el título *El amor del dodo*, en una edición no venal a cargo de la asociación cultural «El Zurguén» del pueblo de Morille, Salamanca. Desde aquí quisiera expresar mi agradecimiento. También quiero agradecer al director de la Editorial Delirio, Fabio de la Flor, por permitirme publicar el poema que empieza con el verso «Me pides que no escriba más poemas», que se publicó originalmente en el libro *Cabotaje* (Delirio, 2008) y el poema «La hora del paseo» que se publicó en la antología *VOX 2.0* (Delirio, 2009). Sobre todo quisiera agradecer a Jocelyn Pantoja y a la editorial Proyecto Literal, que me brindan esta primera oportunidad de ofrecer mis poemas a los lectores de México. Gracias.

B.C.

ÍNDICE

Prólogo	5
I Canción de amor de dos guisantes	11
II El cazador	17
III Teorema de los abismos	31
IV La fascinación de lo difícil	39
IV Dog God	55
Hipótesis final: Noche en el polo (a bordo del <i>James Caird</i>)	67

Ben Clark (Ibiza, 1984). Ha publicado los libros *Los hijos de los hijos de la ira* (XXI Premio de Poesía Hiperión. Hiperión, 2006), *Cabotaje* (Delirio, 2008), *Memoria* (Huacanamo, 2009), *La mezcla confusa* (VII premio Nacional de poesía Joven «Félix Grande». Universidad Popular José Hierro. 2011), *Basura* (Delirio, 2011) y *Mantener la cadena de frío* (Pre-Textos, 2012), escrito en coautoría con Andrés Catalán, por el que obtuvieron el IV Premio de Poesía Joven Radio Nacional de España. Durante el curso 2004-2005 recibió una beca de creación en la Fundación Antonio Gala para jóvenes creadores y en 2012 una beca de residencia del Retiro para Escritores del Castillo de Hawthornden, Escocia. Algunos de sus poemas se recogen en la antología *Barcos sobre el agua natal. Antología de poesía hispanoamericana desde el siglo XXI* (coeditado por Ediciones Leteo (España) y editorial Proyecto Lateral (Ciudad de México). Ha traducido los *Poemas de amor* de Anne Sexton y la *Poesía completa* de Edward Thomas.

Otros títulos de Limón Partido:

- Elizabeth Neira (Santiago, 1973), *Abyecta*.
Elma Murrugarra (Lima, 1974), *al sur en caral*.
Nicolás Alberte (Montevideo, 1974), *unapalabramáslargaquelanoche*.
Ingrid Solana (México, 1980), *De tiranos*.
Marco Fonz de Tanya (México, 1965), *Vocación de estragos*.
Tanya de Fonz (Guadalajara, 1976), *Canto de cerdos*.
Alan Mills (Guatemala, 1979), *Síncopes*.
Alfredo Trejos (San José, 1977), *Arrullo para la noche tóxica*.
Enrique Winter (Santiago de Chile, 1982), *Rascacielos*.
Ana Rüsche (Sao Paulo, 1979), *Rasgada*.
Gerardo Villanueva (Guadalajara, 1978), *Transterra*.
Héctor Hernández Montecinos (Santiago, 1979), *NGC 224*.
Nicole Delgado (San Juan 1980), *Violencias cotidianas*.
René Morales Hernández (San Luis Potosí, 1980), *Bestiario del Perro*.
Pablo Benítez (San Salvador, 1982), *Rabo de Perro*.
María Eugenia López (Buenos Aires, 1977), *Arena*.
Ernesto Carrión (Guayaquil, 1977), *Demonia Factory*.
Elisa Andrade Buzzo (Sao Paulo, 1981), *Noticias de ninguna parte*.
Javier Norambuena (Santiago, 1981), *Humedales*.
Luis Téllez-Tejeda (Naucalpan, 1983), *Media tarde*.
Balam Rodrigo (Villa de Comaltitlán, 1974), *Icarías*.
Fernando Trejo (Tuxtla Gutiérrez, 1985), *Travelling*.
Javier Alvarado (Santiago de Veraguas, 1982), *Carta natal al país de los locos*.
Alex Piperno (Montevideo, 1985), *Sahara*.
Javier Raya (Ciudad de México, 1985), *Ordalía*.
José Manuel Barrios (Montevideo, 1983), *Yoga*.
Jamilá Medina Ríos (Holgún, 1981), *Primaveras cortadas*.
Lauri García Dueñas (San Salvador, 1980), *El tiempo es un texto indecifrable*.
Ariadna Vásquez (Santo Domingo, 1977), *El libro de las inundaciones*.
Yaxkin Melchy (1985), *III Los Planetas*.
José Córdoba (Porcón La Libertad-Perú, 1979), *Animal desbocado*.
Daniel Rojas Pachas (Lima, 1983), *Soma*.
Paula Ilabaca (Santiago, 1979), *Ciudad lucía*.
Jesús Bartolo (Atoyac de Álvarez-Guerrero, 1970), *Iconografía de un Duelo*.
Guadalupe Galván (Ciudad de México, 1973), *Sólo la música*.
Legna Rodríguez Iglesias (Camagüey, 1984), *Chicle*.

*Estas son las coordenadas 88° 23' S y hasta aquí la
expedición virtual 62° 5' 0" S 58° 23' 30" O.*